

Octavio Paz, el hombre, el maestro y el amigo.

Enrique Cortazar*

El primer día de clases llegué al salón después de trastabillar por edificios, jardines y pasillos. Allí estaba el gran Octavio Paz, rodeado por un pequeño grupo de admiradores y próximos discípulos. Minutos antes de esta primera clase, dicho grupo platicaba entusiastamente con Paz. Me acerqué y alcancé a oír que, dirigiéndose a una señora guapa de molote y evidente “elegancia ibérica”, le decía que no había seleccionado ningún poema de su padre, pues consideraba que no tenía en su obra ningún poema suficientemente largo. Pues el curso se titulaba “La tradición del poema largo en la literatura moderna de lengua española.”

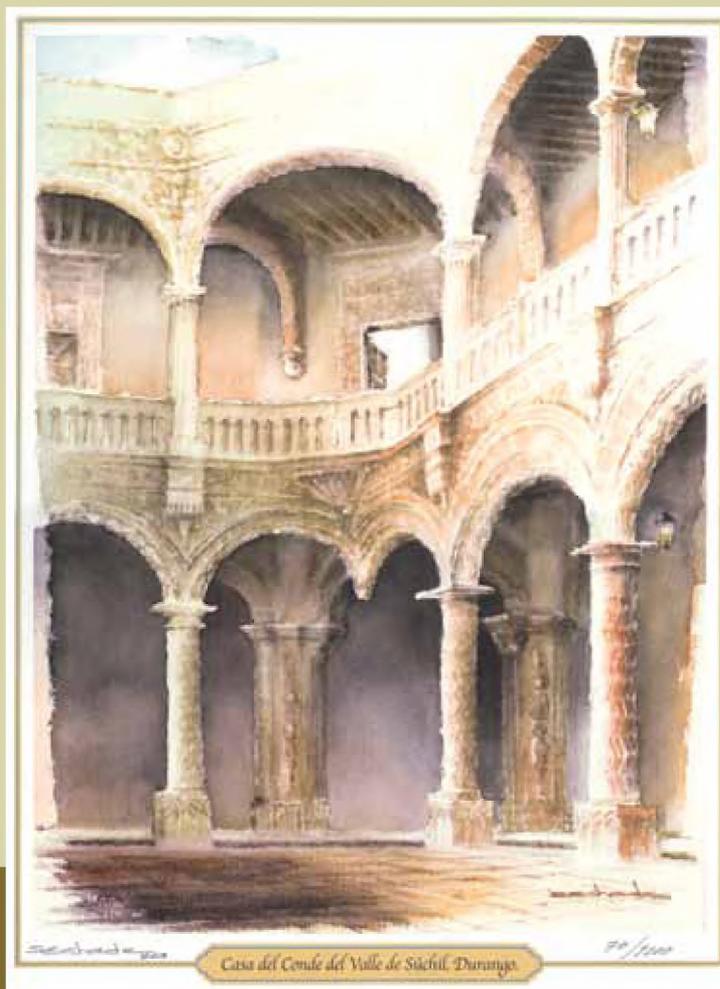
Terminó aquella primera clase, la cual grabé subrepticamente. Sin que Paz se diera cuenta, escondí el micrófono en la manga de mi camisa y la

pequeña grabadora “General Electric” la coloqué debajo del asiento. Al finalizar la pedí me permitiera grabar su clase, mi argumento fue contundente: “sé que nunca lo tendremos en Chihuahua, así que por lo menos denos el privilegio de tenerlo a través de su voz...” Recuerdo que me dijo, palabras más, palabras menos, “me va a restar espontaneidad, déjeme pensarlo...” A la siguiente clase me presenté resuelto a insistir, y mi argumento ahora, aunado al anterior, fue: “nunca se dará cuenta que lo estoy grabando, pues esconderé debidamente la grabadora y el micrófono, y así no le causaré ninguna incomodidad...” Creo que este último argumento, aunado a mi acento norteco, lo llevaron a considerarme suficientemente honesto y por lo mismo digno de grabar su curso. Tengo 20 horas en cassettes con su voz y los diálogos que sostuvimos, sobre temas muy diversos, antes y después de cada clase.

Al terminar la sesión de ese día me acerqué a la “señora guapa de molote y apariencia Ibérica”, preguntándole quién fue su padre, al que Paz se había referido en la primera clase, ella sólo me dijo, “mi padre fue el poeta Pedro Salinas”. Confieso que no lo había leído, pero sabía quién era: desterrado poeta de la generación, o más bien del grupo del 27 en España. Después mi amistad con doña Solita Salinas de Marichal, se fue acrecentando. Estaba yo ingresando al mundo de las ligas mayores sin bat ni guante, sólo con mi curiosidad como ariete para entrar cada día más a fondo.

II

Paz en clase, sobra decirlo, era brillante y contundente. Su capacidad de análisis y de escudriñar las entretelas de los poemas propuestos en su curso, nos llevó, por ejemplo, a descubrir la grandeza, sin escatimar debilidades, de uno de los poemas emblemáticos de la vanguardia latinoamericana: Altazor.



Paz siempre hacía referencia a su relación de amistad o de simple conocimiento con los autores de los poemas analizados en clase: Jorge Guillén (*Más allá*); José Gorostiza (*Muerte sin fin*); Federico García Lorca (*Muerte de Sánchez Mejía*) y Neruda (*Alturas de Machu Pichu*).

Con frecuencia manifestaba sus simpatías, así como sus discrepancias, con dichos autores. Por ejemplo, su devoción por Jorge Guillén lo llevó a preguntar en clase a un alumno que se refería a Guillén, si hablaba de “Guillén el bueno o el malo”. Por supuesto que para Paz desde su perspectiva, Nicolás era el malo, de quien afirmó también, que no escribía poesía, sino que la bailaba.

Recuerdo que alabé a Neruda recitándole, al terminar una clase, un fragmento de “España en el corazón”: “Desde mi casa se veía el rostro seco de Castilla como un océano de cuero... Mi casa era llamada la casa de las flores...” No me dejó continuar, arrebatándome la palabra afirmó airadamente: “Que no le cuenten, Neruda vivía en Madrid como un gran burgués”.

La atmósfera del salón estaba impregnada de un temor reverencial que provocó que en sus horas de oficina para atender alumnos, estuviera casi siempre solo, leyendo o escribiendo.

Yo aproveché esa circunstancia para visitarlo con frecuencia, siempre, debo decirlo, estaba dispuesto a escuchar mis ocurrencias o a platicar sobre temas literarios de su vasta erudición. En una de tantas ocasiones, casi seguro de cómo iba a reaccionar, me presenté a su oficina con un poema emblemático de la corriente social en España, poema de Gabriel Celaya titulado “La poesía es un arma cargada de futuro”, y pareció que más bien estaba cargada de pólvora, pues ante mi entusiasmo por aquel poema, Paz literalmente se volcó en indignación y parándose violentamente, me extendió la mano diciéndome: “Cortazar, cuando venga le suplico que no hablemos de poetas de tercera, así que hasta luego...”

A partir del desacuerdo con la poesía social, opté por irme más temprano de lo usual al salón de clase y escribir clandestinamente en el pizarrón algún fragmento poético de alguno de los más importantes poetas de la España convulsionada por la guerra civil: de Blas de Otero, José Hierro, Rafael Alberti o el propio Gabriel Celaya, poetas con los que Paz tenía un profundo desacuerdo.

Escribí de manera clandestina durante el resto del semestre dichos fragmentos, sin mencionar a quién

La gente decía que ese invierno de 1976 había sido uno de los más agresivos de los últimos 20 años en Boston. Era el 11 de octubre y la primera nevada tapó hasta el respaldo las bancas de los parques, así viviríamos sumergidos en el frío y la nieve por varios meses.

pertenecían. Paz inició a partir de entonces sus clases comentando los fragmentos, en muchas ocasiones celebrando su acierto y sabiduría poética. Preguntándose, quién sería el que escribía aquellos textos.

III

La gente decía que ese invierno de 1976 había sido uno de los más agresivos de los últimos 20 años en Boston. Era el 11 de octubre y la primera nevada tapó hasta el respaldo las bancas de los parques, así viviríamos sumergidos en el frío y la nieve por varios meses.

Debe haber sido mediados de noviembre, cuando enfermé de una gripe que me aisló del mundo por una semana. Vivía en la calle Mount Auburn, a 2 cuadras de Harvard Square, en uno de esos viejos edificios con una jaula de metal al centro por elevador, y sin interfón. Leía, me refugiaba en un radio de onda corta, donde escuchaba a Fidel Castro en Radio Habana Cuba con sus emotivos e interminables discursos, o bien me deleitaba con la música tradicional mexicana transmitida en onda corta por la XEW. A ratos observaba por las ventanas de mi quinto piso aquel gélido paisaje urbano, donde la gente ataviada como robot pasaba apresurada con destino al próximo refugio de temperatura más amable.

Una tarde temprano, aún la luz era clara, vi pasar por el callejón de al lado a mi Maestro Octavio Paz, llevando un pequeño bulto en los brazos. Cambridge es un suburbio en el que se camina, sus distancias son cortas, así que supuse que don Octavio tal vez había pasado por algunos viveres a una "corner store" que estaba junto a mi edificio. Mi sobresalto fue intenso al oír el timbre del apartamento. Bajé lo más rápido que pude y mi sorpresa se duplicó al ver a don Octavio por el cristal de la puerta de acceso principal al edificio, lo invité a pasar, a lo que dijo: "Gracias Cortazar sólo vine a ver como sigue de salud y si no se ofrece algo, pues lo hemos extrañado en clase". Después de agradecerle aquel detalle y despedirlo, prometiéndole que la siguiente semana iría de nuevo a clase. Subí por el viejo elevador metálico, mientras ascendía viendo cada piso y las escaleras que lo rodeaban, pensé, "sí, Octavio Paz es mi amigo". (Durante mi reclusión a causa de la gripe, acudí a un amigo-cómplice, de apellido Stork, para que en mi representación plasmara los textos poéticos clandestinos en el pizarrón). Ese invierno crudo de 1976-1977, se confirmó mi apreciación, fui invitado por

el propio Paz, y Mary José su esposa, a cenar la noche de Navidad en su casa. Allí compartimos la cena con otros dos estudiantes mexicanos que asistían a la escuela de economía, también en Harvard, y mi amiga-novia Italo-Irlandesa, María Naples.

Después de mi regreso a Ciudad Juárez, en repetidas ocasiones platicué con él, ya fuera por teléfono o bien personalmente en su casa de Lerma 143 de la Colonia Cuauhtémoc, o posteriormente, en su departamento de Paseo de la Reforma 369, ambos de la ciudad de México, siempre dispuesto y amable. Disposición que tuvo su prueba de fuego cuando le solicité varias cartas de recomendación para iniciar mis estudios de Doctorado, firmando mi compromiso de nunca tener acceso a dichas cartas, para que así él pudiera expresar lo que quisiera de mi persona. Inferí lo que las citadas cartas expresaron por las respuestas de varias universidades. Por ejemplo, la Universidad de Boston me otorgó un "Fellowship" y de 3000 solicitudes de ingreso ese año, sólo 30 aspirantes fuimos admitidos; igual en la Universidad de Nuevo México en Albuquerque, me abrieron las puertas prácticamente de par en par sin tener que presentar examen alguno. Decidí mi ingreso a UNM, motivado por mi expectativa de ser discípulo del poeta Angel González que allí enseñaba, con quien labré una gran y venturosa amistad.

El verano de 1977, cuando nos despedimos de Cambridge, mientras tomábamos cerveza con una montaña de papas fritas en el bar irlandés "Charle's Kitchen", recuerdo que refiriéndose a la poesía social me dijo en tono conciliatorio, "deme usted un buen poeta y el tema será lo de menos", mencionando a César Vallejo como ejemplo de lo afirmado. También recuerdo claramente aquello que me expresó: "invíteme a la Universidad de Chihuahua y con gusto iré". Ofrecimiento que nunca fue posible concretar debido a múltiples razones, que Paz expresaba siempre con cierto pesar. Habiendo quedado finalmente, con el sabor de aquel bar irlandés, la grata sensación del amigo y gran Maestro que siempre contestó el teléfono, me abrió la puerta y me extendió su mano, a pesar de mi gusto y preferencia por la poesía social de España.

* Agregado cultural. Consulado General de México en Phoenix, Arizona.

Fecha de recepción: 2014-05-22
Fecha de aceptación: 2014-07-23